

LA VOLUNTAD DE DIOS

(Sábado: segunda sesión de la mañana)

Mensaje cinco

La voluntad de Dios: nuestra santificación

Lectura bíblica: He. 2:10-11; 12:10, 14; Ef. 1:4-5; 5:26; 1 Ts. 4:3a; 5:23-24; Jn. 17:17

- I. La voluntad de Dios es nuestra santificación; ser santificados es ser hechos santos, lo que significa ser apartados para Dios y saturados de Dios, quien es el Santo, Aquel que es diferente, distinto, de todo lo común—1 Ts. 4:3a; 1 P. 1:15-16; Ef. 1:4-5; 5:25-27.**
- II. Efesios 1:4-5 y Hebreos 2:10-11 muestran que la santificación tiene como fin la filiación; en realidad, la santificación es la “hijificación” que Dios efectúa:**
 - A. Fuimos escogidos en la eternidad pasada “para que fuésemos santos [...] para [con miras a, o dando por resultado, la] filiación”—Ef. 1:4-5; Ap. 21:2, 9-11.
 - B. El Cristo resucitado es el Capitán de nuestra salvación, quien lleva muchos hijos a la gloria al santificarlos—He. 2:10-11.
- III. Hay tres aspectos de la santificación en las Escrituras:**
 - A. Existe la santificación que el Espíritu efectúa al buscar a los escogidos de Dios antes de que se arrepientan y crean—1 P. 1:2.
 - B. Existe la santificación en cuanto a la posición efectuada por la sangre de Cristo al momento en que los creyentes creen—He. 13:12; 9:13-14; 10:29.
 - C. Existe la santificación que el Espíritu efectúa en la manera de ser de los creyentes durante todo el transcurso de su vida cristiana—1 Ts. 5:23-24; Ro. 15:16b; 6:19, 22; cfr. 5:10; Ap. 22:14; 2 P. 1:4.
- IV. La santificación divina con miras a la filiación divina es el centro de la economía divina y el pensamiento central de la revelación hallada en el Nuevo Testamento:**
 - A. La santificación divina es la línea sostenedora en el cumplimiento de la economía divina que consiste en hijificarnos divinamente, lo cual nos hace hijos de Dios para que lleguemos a ser iguales a Dios en Su vida y en Su naturaleza (mas no en Su Deidad), a fin de que seamos la expresión de Dios.
 - B. Afirmamos que la santificación es la línea sostenedora porque cada paso de la obra de Dios con nosotros tiene como fin hacernos santos—Jn. 17:17; Ef. 5:26-27; 1 Co. 6:11; 12:3b; He. 12:4-14; Ro. 8:28-29; Ef. 4:30; 1 Ts. 5:19; Ap. 2:7a; Sal. 73:16-17, 25-26:
 1. La santificación que busca, la santificación inicial, es para arrepentimiento a fin de traernos de regreso a Dios—1 P. 1:2; Lc. 15:8-10, 17-21; Jn. 16:8-11.
 2. La santificación que redime, la santificación en cuanto a nuestra posición, es efectuada por la sangre de Cristo para trasladarnos de Adán a Cristo—He. 13:12.

3. La santificación que regenera, el comienzo de la santificación en cuanto a nuestra manera de ser, nos renueva desde nuestro espíritu para hacer de nosotros, los pecadores, hijos de Dios: una nueva creación con la vida y naturaleza divinas—Jn. 1:12-13; 2 Co. 5:17; Gá. 6:15.
 4. La santificación que renueva, esto es, la continuación de la santificación en cuanto a nuestra manera de ser, renueva nuestra alma a partir de nuestra mente hasta alcanzar todas las partes de nuestra alma a fin de hacer de nuestra alma parte de la nueva creación de Dios—Ro. 12:2b; 6:4; 7:6; Ef. 4:23; Ez. 36:26-27; 2 Co. 4:16-18.
 5. La santificación que transforma, la santificación diaria, nos reconstituye metabólicamente con el elemento de Cristo para hacer de nosotros una nueva constitución como parte del Cuerpo orgánico de Cristo—1 Co. 3:12; 2 Co. 3:18.
 6. La santificación que conforma, la santificación que moldea, nos amolda a la imagen del Cristo glorioso para hacernos la expresión de Cristo—Ro. 8:29.
 7. La santificación que glorifica, la santificación en la etapa de consumación, redime nuestro cuerpo al transfigurararlo para hacer de nosotros la expresión de Cristo en plenitud y en gloria—Fil. 3:21; Ro. 8:23.
- C. La santificación divina en cuanto a nuestra manera de ser es efectuada por Cristo como Espíritu santificador en nuestro espíritu—15:16b; 8:4.

V. A fin de llevar una vida santa para la vida de iglesia, necesitamos que el Señor afirme nuestro corazón irreprochable en santidad—1 Ts. 3:13:

- A. Nuestro corazón se compone de todas las partes de nuestra alma —la mente, la parte emotiva y la voluntad (Mt. 9:4; He. 4:12; Jn. 14:1; 16:22; Hch. 11:23)— más una parte de nuestro espíritu: la conciencia (He. 10:22; 1 Jn. 3:20).
- B. El corazón es la entrada y la salida de la vida, es el “interruptor” de la vida; si el corazón no está bien, la vida que está en el espíritu es obstaculizada, y la ley de vida no puede obrar libremente y sin impedimentos a fin de alcanzar cada parte de nuestro ser; aunque la vida posee gran poder, este gran poder es controlado por nuestro pequeño corazón—Pr. 4:23; Mt. 12:33-37; cfr. Ez. 36:26-27.
- C. Dios es Aquel que nunca cambia, pero según nuestro nacimiento natural, nuestro corazón es voluble, tanto en nuestra relación con otros como con el Señor—cfr. 2 Ti. 4:10; Mt. 13:18-23.
- D. No hay nadie que, según su vida humana natural, sea firme en su corazón; puesto que nuestro corazón cambia tan fácilmente, no es confiable en lo absoluto—Jer. 17:9-10; 13:23.
- E. Nuestro corazón es reprobable porque es voluble; un corazón que no cambia es un corazón irreprochable—Sal. 57:7; 108:1; 112:7.
- F. En la salvación de Dios, la renovación del corazón es de una vez para siempre; sin embargo, en nuestra experiencia, nuestro corazón es renovado continuamente porque es voluble—Ez. 36:26; 2 Co. 4:16.
- G. Debido a que nuestro corazón es voluble, es necesario que sea renovado continuamente por el Espíritu santificador a fin de que pueda ser afirmado y edificado en el estado de ser santo, apartado para Dios, ocupado por Dios, poseído por Dios y saturado de Dios—Tit. 3:5; Ro. 6:19, 22; 2 Co. 3:16-18; Mt. 5:8; Sal. 51:10-12.

H. A medida que nuestro corazón es establecido irreprochable en santidad por medio de la renovación continua del Espíritu santificador, estamos llegando a ser la Nueva Jerusalén con la novedad de la vida divina, y estamos llegando a ser la ciudad santa con la santidad de la naturaleza divina—Ap. 21:2; 1 Jn. 5:11-12; 2 P. 1:4.

VI. “El mismo Dios de paz os santifique por completo; y vuestro espíritu y vuestra alma y vuestro cuerpo sean guardados perfectos e irreprochables para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará”—1 Ts. 5:23-24:

- A. El Dios de paz es quien santifica; Su santificación nos trae la paz; cuando somos completamente santificados por Él desde nuestro interior, tenemos paz con Él y con el hombre en todo aspecto—vs. 23, 13; 2 Ts. 3:16.
- B. Dios desea santificarnos, y Él mismo lo hará siempre y cuando estemos dispuestos a ir en pos de Él como santidad y cooperar con Él; de esta manera podemos ser santos como Él es santo (1 P. 1:15-16); sin santidad no podemos verle (He. 12:14).
- C. Al santificarnos, Dios nos transforma en la esencia de nuestro espíritu, nuestra alma y nuestro cuerpo, haciéndonos completamente como Él en naturaleza; de esta manera Él guarda nuestro espíritu, alma y cuerpo completamente perfectos—1 Ts. 5:23:
 - 1. Por medio de la caída, nuestro cuerpo fue arruinado, nuestra alma fue contaminada y nuestro espíritu fue amortecido; en la plena salvación de Dios, todo nuestro ser es salvo y hecho completo y perfecto.
 - 2. Con este propósito, Dios resguarda nuestro espíritu de todo elemento de muerte (He. 9:14), nuestra alma de permanecer en una condición natural y de vejez (Mt. 16:24-26) y nuestro cuerpo de ser arruinado por el pecado (1 Ts. 4:4; Ro. 6:6).
 - 3. Tal obra de Dios de guardarnos y santificarnos por completo nos sostiene para que vivamos una vida santa hasta la madurez, a fin de que nos reunamos con el Señor en Su venida.
 - 4. En el aspecto cuantitativo, Dios nos santifica por completo; en el aspecto cualitativo, Dios nos guarda perfectos, es decir, Él guarda perfectos nuestro espíritu, alma y cuerpo.
 - 5. Aunque Dios nos guarda, necesitamos tomar la responsabilidad, la iniciativa, para cooperar con Su operación a fin de que seamos guardados al mantener nuestro espíritu, nuestra alma y nuestro cuerpo siendo saturados por el Espíritu Santo—1 Ts. 5:12-24.

VII. A fin de cooperar con Dios para guardar nuestro espíritu en santificación, debemos mantener nuestro espíritu en una condición viviente al ejercitar nuestro espíritu—1 Ti. 4:6-7:

- A. A fin de guardar nuestro espíritu, debemos mantener nuestro espíritu viviente al ejercitarlo para tener comunión con Dios; si no logramos ejercitar nuestro espíritu de esta manera, lo mantendremos en una situación de muerte—2 Ti. 1:6-7; cfr. Jud. 19:

1. Estar gozosos, orar y dar gracias equivalen a ejercitar nuestro espíritu; guardar nuestro espíritu es, primeramente, ejercitar nuestro espíritu para mantenerlo viviente y sacarlo de la condición de muerte—1 Ts. 5:16-18.
 2. Necesitamos cooperar con el Dios santificador para ser separados de una situación que traiga muerte a nuestro espíritu—cfr. Nm. 6:6-8; 2 Co. 5:4.
 3. Debemos adorar a Dios, servir a Dios y tener comunión con Dios en nuestro espíritu y con nuestro espíritu; todo lo que seamos, todo lo que tengamos y todo lo que hagamos para con Dios debe ser en nuestro espíritu—Jn. 4:24; Ro. 1:9; Fil. 2:1.
- B. A fin de guardar nuestro espíritu, necesitamos preservarlo de toda profanación y contaminación—2 Co. 7:1.
 - C. A fin de guardar nuestro espíritu, debemos procurar tener una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres—Hch. 24:16; Ro. 9:1; cfr. 8:16.
 - D. A fin de guardar nuestro espíritu, debemos prestar atención a nuestro espíritu al poner la mente en el espíritu y ocuparnos del reposo en nuestro espíritu—Mal. 2:15-16; Ro. 8:6; 2 Co. 2:13.

VIII. A fin de cooperar con Dios para guardar nuestra alma en santificación, debemos limpiar las tres “arterias” principales de nuestro corazón psicológico, esto es, las partes de nuestra alma: nuestra mente, parte emotiva y voluntad—cfr. Sal. 43:4; Neh. 8:10; 1 Jn. 1:4; Jer. 15:16:

- A. A fin de que nuestra alma sea santificada, nuestra mente debe ser renovada para que llegue a ser la mente de Cristo (Ro. 12:2), nuestra parte emotiva debe ser tocada y saturada del amor de Cristo (Ef. 3:17, 19), nuestra voluntad debe ser subyugada por el Cristo resucitado e infundida con Él (Fil. 2:13) y debemos amar al Señor con todo nuestro ser (Mr. 12:30).
- B. La manera de destapar las tres arterias principales de nuestro corazón psicológico es hacer una confesión exhaustiva al Señor; necesitamos permanecer con el Señor por un periodo de tiempo, pidiéndole que nos introduzca plenamente en la luz, y a la luz de lo que Él ponga al descubierto, necesitamos confesar nuestros defectos, fracasos, derrotas, errores, malas acciones y pecados—1 Jn. 1:5-9:
 1. A fin de destapar la arteria de nuestra mente, necesitamos confesar todo lo que sea pecaminoso en nuestros pensamientos y en nuestra manera de pensar.
 2. A fin de destapar la arteria de nuestra voluntad, necesitamos confesar los gérmenes de rebelión presentes en nuestra voluntad.
 3. A fin de destapar la arteria de nuestra parte emotiva, necesitamos confesar la manera natural, e incluso carnal, en la que hemos expresado nuestro gozo y tristeza; además, en muchas ocasiones aborrecemos lo que deberíamos amar y amamos lo que deberíamos aborrecer—cfr. Ap. 2:4, 6.
 4. Si tomamos el tiempo que sea necesario para destapar las tres arterias principales de nuestro corazón psicológico, tendremos el sentir de que todo nuestro ser ha llegado a ser viviente y está en una condición muy saludable.

IX. A fin de cooperar con Dios para guardar nuestro cuerpo en santificación, debemos presentar nuestro cuerpo a Él con miras a llevar una vida santa para la vida de iglesia, practicando la vida del Cuerpo con el fin de llevar a cabo la perfecta voluntad de Dios—Ro. 12:1-2; 1 Ts. 4:4; 5:18:

- A. Nuestro cuerpo caído, la carne, es el “salón de reunión” de Satanás, el pecado y la muerte, pero por medio de la redención de Cristo y en el espíritu regenerado —que es el “salón de reunión” del Padre, el Hijo y el Espíritu— nuestro cuerpo es un miembro de Cristo y templo del Espíritu Santo—Ro. 6:6, 12, 14; 7:11, 17-25; 8:2-3; 1 Co. 6:15, 19.
- B. Guardar nuestro cuerpo equivale a glorificar a Dios en nuestro cuerpo—v. 20.
- C. Guardar nuestro cuerpo equivale a magnificar a Cristo en nuestro cuerpo—Fil. 1:20.
- D. A fin de guardar nuestro cuerpo, no debemos vivir según nuestra alma, el viejo hombre; entonces el cuerpo del pecado perderá su trabajo y quedará desempleado—Ro. 6:6.
- E. A fin de guardar nuestro cuerpo, no debemos presentar nuestro cuerpo a ninguna cosa pecaminosa, sino más bien presentarnos a nosotros mismos como esclavos a la justicia, y presentar nuestros miembros como armas de justicia—vs. 13, 18-19, 22; 1 Ts. 4:3-5.
- F. A fin de guardar nuestro cuerpo, debemos golpearlo y ponerlo en servidumbre para cumplir nuestro propósito santo de llegar a ser la santa ciudad—1 Co. 9:27; Ap. 21:2.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

LA IMPARTICIÓN DE DIOS EL PADRE AL ESCOGER A LOS CREYENTES PARA HACERLOS SANTOS PREDESTINÁNDOLOS PARA FILIACIÓN

El primer ítem de las bendiciones espirituales es la selección del Padre. Tal vez pensemos que la selección de Dios es una cosa y que Su predestinación es otra, pero esto no está correcto. Necesitamos examinar la gramática de Efesios 1:4-5. Estos versículos dicen: “Según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor, predestinándonos para filiación por medio de Jesucristo para Sí mismo, según el beneplácito de Su voluntad”. No dicen que Él nos escogió y nos predestinó. Más bien dicen que nos escogió, predestinándonos. La palabra *predestinándonos* del versículo 5 modifica el predicado *escogió* que se encuentra en el versículo 4, así que estas dos expresiones no son dos cosas distintas. Son una sola. Dios nos escogió. ¿Cómo nos escogió? Nos escogió predestinándonos, marcándonos. Predestinar equivale a marcar. Dios nos escogió para que fuéramos santos para filiación. La elección del pueblo de Dios tiene como fin que ellos sean santos para ser hechos hijos de Dios al participar de la filiación divina.

Para que uno tenga hijos, tiene que engendrarlos impartiendoles su vida. El impartir es el dispensar. Sin impartir la vida, no es posible producir hijos. Sin la impartición de Dios, ¿cómo podría Dios tener hijos? El hecho de que Dios tuviera hijos significa que se ha impartido Su vida. Esto se revela plenamente en Juan 1. Cristo vino para que lo recibiéramos. A todo aquel que lo reciba, a él le da el derecho, la autoridad, de ser hecho hijo de Dios. El derecho, la autoridad, de ser hijo de Dios es la misma vida divina impartida en nosotros. Recibimos la vida de Dios, y esta vida es nuestra autoridad de ser hijos de Dios. Somos hijos de Dios porque Su vida se ha impartido en nosotros.

Dios se imparte de una manera que santifica. Los escogidos de Dios son hechos Sus hijos por Su Espíritu santificador. Dios nos santificó para hacernos Sus hijos. Nos escogió para que fuésemos santos para filiación. John Wesley dijo que la perfección sin pecado es la santidad, pero los Hermanos demostraron que esto está equivocado. Los Hermanos enseñaron

que la santidad, la santificación, no es perfección sin pecado sino que es un cambio de posición. En Mateo 23 el Señor Jesús dijo que el oro es hecho santo, santificado, por el templo (v. 17) y que la ofrenda es hecha santa, santificada, por el altar (v. 19). Cuando el oro estaba en el mercado, era común y mundano. Pero cuando el oro fue apartado para Dios por medio del templo, fue santificado porque hubo un cambio en su posición. De la misma manera, cuando la ubicación de la ofrenda cambió pasando de un lugar común a un lugar santo, fue santificada. La enseñanza de los Hermanos acerca de la santificación posicional es bíblica, pero no es la verdad completa acerca de la santificación.

La santificación significa apartar al pueblo de Dios para Él a fin de que Él pueda obrar en ellos para hacerlos Sus hijos. Dios tenía una intención e hizo una economía para obtener muchos hijos. Luego el Espíritu vino para apartar a los escogidos para Dios a fin de que Dios los pudiera engendrar. Primero, fueron santificados para Dios; luego, por medio de esta santificación, llegaron a ser el objeto del engendrar de Dios. Dios vino para engendrarlos, haciéndolos así Sus hijos, y esto tuvo lugar por medio de la santificación del Espíritu. El versículo 4 de Efesios 1 dice que Dios nos escogió para que fuéramos santos. Luego el versículo 5 dice que Él hizo esto predestinándonos para filiación. Así que, la santificación es para filiación, osea que tiene como fin la filiación. Primero, el Espíritu viene para santificar al pueblo escogido de Dios. Luego éstos están listos para ser engendrados por Dios siendo introducidos en Su filiación.

Para ser santos y también hijos se requiere la impartición de Dios. Si Dios no imparte Su naturaleza santa en nuestro ser, ¿cómo podemos ser santos? Dios es el único que es santo. Para ser santos necesitamos que un elemento santo sea impartido en nosotros. Cuando el Espíritu Santo entra en nosotros, introduce en nosotros la naturaleza santa de Dios, y esa naturaleza santa llega a ser el elemento santo con el cual el Espíritu Santo nos santifica. La estrofa 1 de *Himnos*, #359 dice: “Trae Tu santa esencia / Santificación, / Y me da victoria / Tu resurrección”. Su naturaleza santa nos hace santos, y Su poder de resurrección nos hace victoriosos. Tenemos la santa naturaleza de Dios impartida en nuestro ser, y esta naturaleza santa llega a ser el elemento santo con el cual somos hechos santos. Somos hechos santos para ser hijos. La acción de Dios al impartir Su naturaleza santa en nosotros y al engendrarlos constituye Su impartición.

LA SANTIFICACIÓN PARA FILIACIÓN EN NUESTRA VIDA DIARIA

Tal vez nos preguntemos qué relación existe entre la santificación y nuestra vida diaria. Ésta es mi carga. Tenemos que darnos cuenta de que la santificación para filiación todavía está en proceso. No es algo que se cumple de una vez por todas. Cada día debemos recordar que Dios el Espíritu nos santifica para permitir que Dios imparta más de Su naturaleza y vida santas en nuestro ser para nuestro crecimiento. Todos debemos crecer en la vida divina.

Ahora debemos considerar cómo podemos crecer. Para crecer físicamente, necesitamos la vida en nuestro interior más el alimento. Un niño hereda vida de sus padres. En otras palabras, sus padres han impartido su vida humana en este niño. Luego su madre lo alimenta cada día, y con el alimento él crece en la vida humana. En principio, pasa lo mismo en la vida cristiana. Nacimos de Dios. Dios se impartió como vida dentro de nosotros. Ahora debemos crecer siendo nutridos en la vida de Dios. Nuestro nacimiento es un comienzo, no una graduación. Después de nacer, debemos crecer en la vida de Cristo, en la vida divina, en la vida eterna, con el alimento adecuado en el Espíritu.

La santificación y la filiación siempre se llevan a cabo por el Espíritu. Ésta es la razón por la cual Efesios 1:3 llama esto una bendición espiritual, una bendición por el Espíritu.

Hoy debemos aprender a vivir por el Espíritu, actuar según el Espíritu y tener nuestro ser enteramente sumergido en el Espíritu, con el Espíritu y conforme al Espíritu (Ro. 8:4). Mientras nuestro ser esté lleno del Espíritu y nosotros actuemos conforme al Espíritu, estaremos listos para crecer en la vida divina. Luego necesitamos ser nutridos. Podemos ser alimentados de tres maneras: al leer la Palabra santa, al escuchar el hablar espiritual y al venir a las reuniones. Este alimento nos hace crecer.

Me preocupo porque entre nosotros muchos santos queridos que buscan al Señor no están en el camino del crecimiento en vida. Si conducimos un auto para un largo recorrido, debemos encontrar la autopista y tomarla. En cuanto estemos en la autopista, debemos tener mucho cuidado con la dirección que tomamos. Si entramos en la autopista correcta y vamos en la dirección correcta, entonces todo irá bien. Debemos iniciar el camino del crecimiento en la vida divina por la dirección correcta. Todavía necesitamos una revelación a fin de ver el camino adecuado para crecer en la vida divina conforme a la enseñanza del Nuevo Testamento.

Si queremos crecer, debemos tener tratos con el Espíritu. Tenemos que estar bien con el Espíritu. Todo nuestro ser debe estar en el Espíritu, y debemos andar, comportarnos y actuar conforme al Espíritu todo el día. Cuando los padres están con sus hijos, deben conducirse conforme al Espíritu para ser guardados en la vida divina. A menudo los padres se sienten demasiado libres y no restringidos cuando hablan con sus hijos. Quizás tengan miedo de cometer errores cuando hablan a los demás, pero no tienen cuidado cuando hablan a sus hijos. Esto no está bien. No debemos decir nada que sea conforme a nuestras preferencias. Por el contrario, debemos ser regulados, corregidos y ajustados al decir y hacer todo conforme al Espíritu.

Es el Espíritu el que nos santifica para filiación. Es el Espíritu el que nos engendra para que nazcamos de Dios (Jn. 3:6). Dios nos escogió a fin de santificarnos para filiación. Ser santificados para filiación es un asunto exclusivamente por el Espíritu, en el Espíritu y con el Espíritu. Me preocupa ver a muchos santos queridos que llevan muchos años en el recobro sin crecer. Aunque se reúnen, leen la Biblia y escuchan mensajes, no se preocupan por el Espíritu. En lugar de ocuparse del Espíritu cuando hablan, ellos chismean abiertamente y critican a otros. Aunque dicen amar al Señor, al recobro y a la vida de iglesia, no se preocupan en absoluto por el Espíritu. Esto no está bien. Debemos atender al Espíritu. Hoy este Espíritu, que está relacionado con la santificación y la filiación de Dios, está en nuestro espíritu (Ro. 8:16; 1 Co. 6:17). Si queremos atender al Espíritu, debemos cuidar primeramente de nuestro espíritu.

La Biblia dice que no debemos provocar a ira a nuestros hijos (Ef. 6:4). Muchas veces cuando estamos enojados con nuestros hijos, los provocamos. Cuando hablamos a nuestros hijos, debemos ocuparnos de nuestro espíritu. Debemos preguntarnos: “¿Nuestro espíritu está de acuerdo con nosotros, o estamos actuando conforme a nuestra parte emotiva?” Debemos negar nuestra parte emotiva y volver a nuestro espíritu. Entonces, en nuestro espíritu, el Espíritu hablará con nosotros. Cuando nos enojamos con nuestros hijos, el Espíritu tal vez nos diga: “Ve a orar a tu cuarto. No hables con tus hijos ahora”. Esto es una clase de santificación. Cuando oramos, el Espíritu que habla seguirá hablando. Nos puede dirigir a leer una porción de la Palabra. Entonces somos alimentados y crecemos en la vida divina por el alimento espiritual. Si no nos preocupamos por nuestro espíritu en nuestra vida familiar, ciertamente no podremos tener un hogar agradable, y Dios no podrá santificarnos para Su filiación y Su casa.

Debemos ocuparnos de nuestro espíritu en todo. Cuando un hermano compra una corbata, no debe comprarla conforme a su preferencia. Si la compra conforme a su preferencia, está equivocado. Aun cuando compra una corbata, debe ocuparse de su espíritu. ¿Qué nos puede decir nuestro espíritu cuando vamos de compras? Si escuchamos a nuestro espíritu, el Espíritu Santo hablará más en nosotros.

Hoy estamos fomentando el profetizar de todos los santos. Queremos ver a los santos hablar por el Señor. Sin embargo, algunos santos han decidido no hablar en las reuniones. Vienen a las reuniones de la iglesia, pero se sientan en la parte de atrás sin hablar. Los hermanos que llevan la delantera tal vez tengan miedo de decirles algo en cuanto a hablar porque tienen miedo de que no vuelvan a las reuniones. Por lo tanto, pueden ir a las reuniones durante años sin hablar por el Señor. Han sido regenerados y aman al Señor, al recobro y a la iglesia, pero no quieren hablar. Si esto es su caso, puede estar seguro de que no crecerá en el Señor.

Debe cuidar de su espíritu. Arrodiñese en su cuarto para orar y verá lo que su espíritu le dirá. Su espíritu le dirá que es terco y que debe ser uno con la iglesia y hablar por el Señor. Si se ocupa de su espíritu, el Espíritu divino tomará la oportunidad para decirle muchas cosas más. Así usted vendrá a la reunión al cuidar de su espíritu. Tal vez confiese a los santos: “Queridos santos, lamento no haber hablado por el Señor en las reuniones”. Toda la iglesia estará contenta. Mientras sigue hablando, el Espíritu Santo le hablará y usted tendrá más que hablar. Entonces se dará cuenta de que su crecimiento en vida será tan rápido como un avión que vuela. En un plazo de seis meses, crecerá mucho en Cristo y será mucho más santificado para mucha más filiación. Por su crecimiento en vida, se convertirá no solamente en hijo sino en heredero de Dios que recibe las riquezas de Dios (Ro. 8:17). Así será muy útil en la vida de la iglesia. Se convertirá en suministrador para suplir, administrar, la abundante ministración del Espíritu a toda la congregación.

Queridos santos, ésta es mi carga. No debemos pensar que Efesios 1:4 y 5 transcurrió una vez y para siempre. La santificación para filiación sigue produciéndose. Sin embargo, día tras día, no vivimos en nuestra filiación, porque no nos ocupamos del Espíritu que santifica hablando y obrando en nuestro espíritu. Debemos volver a nuestro espíritu y comprender que hemos sido santificados y regenerados por el Espíritu. Este Espíritu que santifica y regenera tiene mucho que decirnos. Él nos quiere santificar cada vez más para que participemos más en la filiación. Entonces creceremos, y el Padre tendrá una familia agradable. Si cuidamos de nuestro espíritu y dejamos que el Espíritu nos hable, creceremos como hijos para ser los herederos, las personas maduras que heredan todas las riquezas de Dios. Así podemos formar parte de Su familia agradable. Las bendiciones de Efesios 1 empiezan por el hecho de que Dios nos escogió para que fuéramos santificados y estuviéramos cada vez más en la filiación de Dios. Esto debe ser un asunto cotidiano.

NOTAS DE CONCLUSIÓN

1. Si Dios no impartiera Su elemento divino dentro de nuestro ser, ¿cómo podría hacernos santos? Especialmente para recibir la filiación de Dios, necesitamos que Dios imparta Su vida y naturaleza en nuestro ser.

2. La impartición del Padre al escoger y predestinar a los creyentes da por resultado Su filiación al santificar a Su pueblo escogido, haciéndolos santos como Él es santo en Su vida y en Su naturaleza, haciéndolos como Dios en la vida y naturaleza divinas, pero sin Su Deidad única. Esta es la santificación divina para (con miras a) la filiación divina. Éste es el centro de la economía divina y el pensamiento central de la revelación del Nuevo Testamento. Esta santificación divina se lleva a cabo por el Espíritu que santifica (Ro. 15:16). La filiación divina se lleva a cabo por el Espíritu que regenera, el cual es el Espíritu del Hijo de Dios (Gá. 4:6). (*El resultado de la dispensación de la Trinidad procesada y la trasmisión del Cristo que lo trasciende todo*, págs. 12-19)

LA SANTIFICACIÓN DIVINA PARA FILIACIÓN

Hemos visto algo adicional acerca de la verdad de la santificación. Esto ha sido un tema

importante entre nosotros en el recobro durante los setenta años pasados. Hemos estudiado e investigado esto, pasando mucho tiempo para estudiar lo que los demás escribieron al respecto. Pero no nos quedamos satisfechos con lo que habíamos visto. No fue sino hasta este año, 1993, que vi el significado completo e intrínseco de la santificación. Lo vi cuando la iglesia en Anaheim dedicó un tiempo para repasar nuestro estudio-vida de Hebreos, que dimos en 1975. Ese estudio-vida fue muy completo; sin embargo, en aquel tiempo no había visto plenamente cómo la santificación del Espíritu está relacionada con la filiación. En Hebreos 2:10 vemos que el Señor es el Capitán de la salvación de Dios que conducirá a muchos hijos a la gloria. Luego el versículo 11 habla de Aquel que santifica y de aquellos que son santificados. Cuando consideré estos dos versículos, mis ojos se abrieron y vieron que el propósito de la santificación es la filiación. Ésta es nueva luz.

Cuando vi eso, empecé a entender más Efesios 1:4-5. El versículo 4 dice: “para que fuésemos santos” y el versículo 5 dice: “para filiación”. Debemos unir estas dos expresiones: “ser santos para filiación”. Esto nos muestra nuevamente que el propósito de la santificación es la filiación. La preposición griega traducida “para” es muy profunda. Significa “redundando en”. Ser santo da por resultado la filiación. La filiación de Dios nos viene por medio de la santificación del Espíritu Santo. [La sección “Notas de conclusión” mencionada anteriormente] señala que la santificación divina está destinada a la filiación divina. Espero que el Señor tenga misericordia de nosotros para que todos captemos este pensamiento. El propósito de la santificación divina no es la perfección sin pecado ni tampoco un mero cambio de posición. Sirve para la filiación y redundante en la filiación. Lo llamamos la santificación divina porque es un asunto del Espíritu mismo. Es un asunto del Dios Triuno.

Ahora quisiera presentar una visión completa de la santificación divina como lo revela la Palabra santa. Dios tiene un deseo. Sobre la base de Su deseo, Él tuvo una intención con un propósito. Ésta es Su economía eterna, Su *oikonomía* (gr.). Esta economía fue hecha por el Padre, cumplida por el Hijo y llevada a cabo por el Espíritu que la aplica a nosotros. La economía eterna de Dios se lleva a cabo por la santificación del Espíritu. La santificación del Espíritu lleva a cabo el propósito eterno de Dios en cuatro etapas.

La santificación que busca

La primera etapa de la santificación divina por el Espíritu es Su santificación que busca. Esto se refiere al hecho de que el Espíritu busca al pueblo escogido de Dios que se había perdido. La santificación que busca es plenamente revelada en la segunda parábola de Lucas 15. Allí el Espíritu es comparado a una mujer que busca una moneda perdida encendiendo una lámpara y barriendo la casa (v. 8). Buscó esta moneda perdida de manera fina. Finalmente, la encontró. En realidad, la moneda perdida era el hijo pródigo. Debido a que el Espíritu lo buscó y encontró, el hijo pródigo se despertó. Volvió en sí (v. 17). Él tomó la decisión de levantarse y regresar a su padre para arrepentirse.

Juan 16 continúa y muestra que el Espíritu que busca es también el Espíritu que convence. Él convence a todos los pecadores perdidos en cuanto al pecado en Adán, de la justicia en Cristo y del juicio para Satanás (vs. 8-11). El pleno arrepentimiento del hombre es el resultado de la obra del Espíritu que busca y convence.

En 1 Pedro 1:2 vemos que esta búsqueda y este convencimiento del Espíritu es la santificación del Espíritu antes de la aspersión de la sangre sobre los pecadores arrepentidos. Esto muestra que la santificación que busca precedía nuestro arrepentimiento y nuestro acto de creer en Cristo. En realidad, nuestro arrepentimiento y nuestro acto de creer se debían al Espíritu que busca, al Espíritu que convence. Estábamos perdidos en pecado y entre un montón de pecadores, pero el Espíritu que busca vino a rescatarnos. Como resultado,

nos despertamos, nos arrepentimos, volvimos a Dios y le pedimos que nos perdonara. Éste es el resultado de que el Padre nos escogiera y nos predestinara en la eternidad pasada junto con la venida de Su Espíritu en el tiempo para buscarnos y convencernos. Esta búsqueda, este convencimiento, es la santificación que busca.

La santificación que regenera

Cuando nos arrepentimos y creímos en el Señor Jesús, el mismo Espíritu, el Espíritu que busca, nos santificó más al regenerarnos. Nacimos del Espíritu (Jn. 3:5) y Dios como Espíritu entró en nuestro espíritu (Ro. 8:16; 2 Ti. 4:22). Ahora somos los hijos de Dios, los engendrados por Dios. El Espíritu que busca nos despertó y nos trajo de regreso al Padre. Nos arrepentimos y creímos en el Señor Jesús. Recibimos a Cristo, y el Espíritu nos santificó más, haciendo de nosotros los hijos de Dios. Ésta es la segunda etapa de la santificación divina, la santificación que regenera.

El Padre nos revistió de la sangre redentora de Cristo, así como el padre que ama puso la mejor vestidura sobre el hijo pródigo cuando éste regresó (Lc. 15:22; He. 13:12). El Espíritu que santifica entró también en nuestro espíritu con la vida de Dios para hacernos hijos de Dios. Ahora tenemos la sangre de Cristo exteriormente y la vida de Dios interiormente. Todos nuestros delitos fueron perdonados por medio de la sangre, la redención de Cristo, y nuestro espíritu fue regenerado. La santificación del Espíritu que regenera se produjo en nuestro espíritu (Jn. 3:6).

La santificación que transforma

Después de la regeneración, la etapa siguiente de la santificación del Espíritu es Su santificación transformadora. Esto sucede en nuestra alma. Nuestro espíritu regenerado nunca ha sido un problema para nosotros. Nuestros problemas provienen siempre de dos fuentes: nuestra alma (que incluye nuestra mente, parte emotiva y voluntad) y nuestro cuerpo. Si nuestra mente, parte emotiva y voluntad no han sido transformadas, nos causarán muchos problemas. Después de la regeneración del Espíritu que santifica en nuestro espíritu, el Espíritu santificador lleva a cabo Su santificación continua para transformarnos en nuestra alma. Fuimos regenerados, santificados para Dios, en nuestro espíritu, pero necesitamos que el Espíritu santificador obre más para santificar nuestra alma. Esta es la santificación que transforma.

Esta transformación implica la renovación y la conformación a la imagen de Cristo. Mientras el Espíritu que santifica obra para santificarnos, somos transformados. En 2 Corintios 3:18 se nos dice claramente que es el Señor Espíritu el que transforma. Esto demuestra claramente que la transformación del Espíritu es la obra que lleva a cabo para santificarnos. Romanos 12:2 dice que somos transformados por la renovación de nuestra mente. La transformación del Espíritu que santifica renueva primeramente nuestra mente problemática. Si queremos ser transformados, necesitamos que un nuevo elemento sea añadido dentro de nosotros para desechar nuestro viejo elemento y reemplazarlo por el nuevo elemento. Ésta es una clase de metabolismo que resulta en un cambio metabólico dentro de nosotros. Por lo tanto, llegamos a ser otra persona en nuestra manera de pensar, en nuestros sentimientos y en nuestras intenciones. La Biblia dice que somos transformados del viejo hombre y llegamos a ser el nuevo hombre. Ésta es una etapa adicional del Espíritu santificador, la santificación que transforma. Ahora tenemos la santificación que busca, la santificación que regenera y la santificación que transforma, la cual incluye la renovación y la conformación a la imagen de Cristo.

La santificación que glorifica

Nuestra plena transformación consumará un día en nuestra glorificación. Esto será la obra del Espíritu que santifica para glorificarnos en nuestro cuerpo. Hay otra cosa que nos molesta aparte de nuestra alma; esto es nuestro cuerpo lamentable y vil. La lujuria, las debilidades, la enfermedad y la muerte están presentes en nuestro cuerpo corrupto. Nuestro cuerpo es realmente vil, pero un día seremos glorificados y transfigurados en nuestro cuerpo (Fil. 3:21). Nuestro espíritu fue regenerado, nuestra alma está siendo transformada, y nuestro cuerpo será transfigurado, cambiado en un cuerpo glorioso sin más concupiscencias, debilidades, enfermedades o muerte. Ésta es la santificación que glorifica.

Cuando se produzcan estas cuatro etapas de la santificación divina (la santificación que busca, la santificación que regenera, la santificación que transforma y la santificación que glorifica), seremos glorificados. Seremos calificados para venir al encuentro del Señor. En aquel momento podremos gritar: “¡Hemos sido plenamente santificados!” Ahora nos parecemos a una mariposa que está todavía en el capullo. Finalmente, saldremos del capullo. No andaremos en esta tierra, sino que volaremos. Ésta es la santificación en la etapa de consumación. *(El resultado de la dispensación de la Trinidad procesada y la trasmisión del Cristo que lo trasciende todo, págs. 24-28)*